

*Hermano Superior*



**Carta de Navidad**  
**del**  
**Hermano Superior**  
*1975*

CASA GENERALIZIA  
dei Fratelli delle Scuole Cristiane  
Via Aurelia, 476 ● C.P. 9099  
I - 00100 Roma, Italia

8 de diciembre de 1975  
fiesta de la Inmaculada

Querido Hermano:

Por última vez, tengo el gusto de enviarle, así como a todos los Hermanos dispersos en el mundo, mis mejores deseos, acompañados de oraciones, de Felices Navidades y Año Nuevo. Deseos de que haya más paz, justicia y caridad en todas las naciones y en todos los sectores de la sociedad. Al mismo tiempo le invito a que se una a estas mis oraciones y se renueve en el espíritu de nuestra Regla y de la *Declaración* del Capítulo de 1966-67 que nos llama a dedicarnos a los jóvenes y, principalmente, a aquéllos desfavorecidos y marginados en la sociedad. Tales jóvenes son víctimas de la injusticia y de la desorientadora influencia de personas que hubieran debido ser, al contrario, inspiración e incentivo para ayudarles a llevar una vida más cristiana. Le invito, así mismo, en este nuevo año, a que se interese prácticamente por la promoción de la justicia en la sociedad de la que es miembro, en la nación de la que es ciudadano y, en realidad, en el mundo

entero. Cada diócesis tiene una Comisión de Justicia y Paz y ninguno de nosotros puede quedar extraño a los ideales y programas de acción de esas Comisiones. Permanecer ajeno a esos ideales y programas equivaldría a permanecer ajeno a los ideales del Evangelio y a la doctrina enunciada por el Soberano Pontífice, el Concilio Vaticano II, el Sínodo de 1971 y la Comisión Pontifical por la Justicia y la Paz.

Mucho le ha faltado a este año para ser un año de Paz y Justicia en el mundo. Ha sido un año de violencia, en tantas partes del mundo se han dado secuestros, crímenes violentos, atentados, torturas de prisioneros políticos, interferencia de las grandes potencias en los asuntos de países más pequeños, violaciones alarmantes de los derechos individuales, inmoralidad en altas esferas, fraudes indisculpables e injusticias de parte de las grandes empresas, tanto en la misma patria cuanto en las naciones en vía de desarrollo. Poco halagüeño ha sido, bajo muchos aspectos, este año de 1975, y, para cada uno de nosotros, resulta apremiante la obligación de promover la Justicia y Paz en el campo reducido de su actividad.

Nuestro Salvador, que nació por nosotros el día de Navidad y vuelve a nacer cada Navidad en nuestros corazones, « será llamado el Príncipe de la Paz ». En este día del nacimiento del Príncipe de la Paz, tendríamos que comprometernos a trabajar con El y por El para que su reino de Paz pueda establecerse firmemente en el mundo que vino a santificar y salvar. Fue Pío XII quien dijo — ¡y con cuánta razón! — « La Paz es obra de Justicia ». Así, si queremos llevar la Paz de Cristo al mundo, tenemos que establecer antes el reino

de la Justicia en el mundo. Es preciso que cada cual participe modestamente en la promoción de la Justicia, instruyendo a los jóvenes, actuando en las asociaciones de padres y maestros, colaborando con las Comisiones de Justicia de la diócesis y distrito.

Poco ha, he tenido la ocasión de participar en un symposium sobre el tema « Los Jóvenes y el Problema de la Incredulidad ». Cada conferencia episcopal de Europa había enviado un representante con un informe detallado sobre el fenómeno de la incredulidad entre los jóvenes, y cada uno de los demás continentes envió un observador de parte de la conferencia de Obispos. Al ver cómo cada conferenciante presentaba el problema tal como se plantea en su país, cuando me enteré de cómo pierden la fe tantos muchachos y tantas muchachas en la escuela media, la manera como se alejan de la Iglesia, rechazan el Evangelio y los sacramentos; al saber cuáles son los « slogans » de los jóvenes: « Dios sí, pero la Iglesia no; Cristo sí pero la Iglesia no; el Evangelio sí, pero religión organizada no; la Iglesia como pueblo de Dios sí, pero la Iglesia como institución no; tampoco como autoridad, ni como jerarquía »; al oír todo eso y mucho más, me percaté mejor que nunca de cuán importante sea nuestro papel de religiosos educadores, y cuánta falta nos hace renovar nuestra misión de catequistas, cómo se hace necesario que seamos comprensivos, simpáticos y pacientes, mostrando amor a « la oveja descarriada ». También comprendí mejor que nunca hasta qué grado los jóvenes son víctimas de la sociedad y de la filosofía del consumo, la dominación que sobre ellos ejercen los mass media,

la debilidad de la vida de familia, los fallos de los educadores, el abuso de confianza de parte de figuras públicas o de parroquias que no son comunidades de fe y de amor, el fracaso del apostolado de la instrucción religiosa. En general, no son los jóvenes los que van fallando a la sociedad y a la Iglesia, sino, al contrario, la sociedad y la Iglesia son las que fallan a los jóvenes, pues no han logrado asegurar a éstos una atmósfera sana donde puedan llegar a la madurez de adultos responsables. Al discutir los muchos aspectos de este problema, me incliné a decir que lo mejor y lo más práctico para el bien de los jóvenes de hoy y de mañana es fortalecer y purificar la vida de familia, las instituciones educativas, la Iglesia y la parroquia, la vida política de la nación, los diferentes medios de comunicación. Para que sean mejores los grupos de jóvenes, hemos de crear para ellos situaciones que les permitan lograr tal resultado.

Un campo en que los Hermanos de las Escuelas Cristianas pueden aportar una verdadera contribución para ayudar a los jóvenes a crecer como cristianos convencidos e instruidos es el de la instrucción religiosa. No cabe duda, así lo pienso, de que en los últimos diez años han decaído lamentablemente la calidad y cantidad de la instrucción religiosa en nuestras escuelas. No es nuestra toda la culpa; quizá nos sea ajena buena parte de ella. Pero el hecho en sí es que no hemos estado a la altura de nuestro celo tradicional por la instrucción catequética, quedamos muy por debajo del ideal que nos propone la *Declaración* del Capítulo General de 1966-67, en su capítulo VII, especialmente en el artículo 38 sobre la « primacía de la

catequesis ». Repito que, muy probablemente, no somos nosotros los mayores responsables: nos ha tocado vivir un período de incertidumbre teológica y catequética, un período marcado por nuevas direcciones en la metodología de la instrucción religiosa y afectado por nuevas maneras de pensar en lo relativo a la primacía e importancia de las verdades religiosas, con pareceres encontrados en lo relativo a la liturgia, devoción, oración. Además, no poco ha cambiado el modo de pensar y la conducta de la gente joven, o su disposición de cara a las actitudes tradicionales en lo que atañe al mensaje evangélico y a la autoridad del magisterio en la Iglesia. Nosotros, maestros religiosos, hemos tenido que enfrentarnos con todo eso, muchas veces desconcertados y poco seguros de nuestro papel, desalentados por situaciones que no podíamos controlar ni, muchas veces, comprender.

Sea como ello fuere, ahora nos corresponde armarnos de valor para renovar nuestro compromiso de dar, en nuestra misión cerca de los jóvenes, el primer puesto a la catequesis. Eso supone, para muchos de entre nosotros, que tendremos que informarnos seriamente en el campo de la doctrina y de la metodología, o, para algunos — quizá para todos —, asistir a uno o dos cursillos para ponernos al día en lo referente a la teología, sagrada escritura y liturgia, sin echar en olvido los métodos más adecuados para la educación religiosa de los jóvenes de diferentes edades. En muchos países, existen cursos en cassettes, que permiten estudiar esos temas en casa y se me ocurre que habría posibilidad de que en un Distrito se organizara un centro de préstamo de cassettes

para los Hermanos y comunidades. En mi opinión, el uso de esas cassettes en un estudio comunitario y en grupos de discusión podría ser de mucha utilidad en ese esfuerzo por ponerse al día.

Tengo mucha esperanza de que el próximo Capítulo dará buen impulso a nuestro apostolado catequético, pero espero también que el Año Nuevo será para todos nuestros Hermanos ocasión de renovar su celo por la instrucción catequética. De igual manera, las escuelas, así lo espero, verán un nuevo interés y actividad en este aspecto tan importante de nuestra vocación docente, en esa fase de nuestra misión cerca de los jóvenes. Al propio tiempo, quisiera sugerir que orientáramos nuestra inquietud apostólica hacia la educación religiosa de los adultos. Mi experiencia me enseña que los católicos adultos, nuestros antiguos alumnos, nuestros maestros seculares, los padres de nuestros alumnos, viven no pocas veces en desasosiego en lo que toca a la Fe, a los principios de moral y a la misma vida moral que se exige de los que viven el compromiso de los ideales evangélicos, dudando también del valor de la Santa Misa y de los sacramentos. Si podemos hacer algo positivo para ayudar a los adultos en la comprensión y práctica de su Fe, habremos hecho también algo positivo, aunque indirectamente, para favorecer la educación cristiana de nuestros jóvenes.

Este otoño, me he beneficiado de otra valiosa experiencia. Por segunda vez, se me invitó a participar en el symposium trienal de las conferencias episcopales de Africa. En 1972, se celebró la reunión en Uganda. Este año, por ser Año Santo, se ha celebrado en Roma. Entre las dos reuniones se me había invitado a Accra para preparar el

symposium de 1975. Estas experiencias me han permitido evaluar el papel que los Hermanos pueden desempeñar todavía en el apostolado misionero de la Iglesia. He podido palpar cuán insubistente sea la afirmación tan a la ligera repetida de que « los sacerdotes y religiosos expatriados no son ya ni necesarios ni deseados en Africa, Asia o Latinoamérica ». Los Obispos de Africa lo dicen muy a las claras: necesitan y desean que siga la colaboración de sacerdotes y religiosos de otros países. En verdad, el misionero de hoy ha de tener, en lo referente a la misión, una mentalidad diferente de la que existía pongamos por caso hace diez años. El misionero de hoy tiene que desempeñar un papel diferente del que les correspondía a sus predecesores. El misionero de hoy no es ya una estrella en el drama de la evangelización. Se acoge más bien al papel de apoyar a los actores principales. Pero es indiscutible que los Obispos del tercer mundo necesitan la ayuda de los sacerdotes y religiosos expatriados, y esos Obispos están dispuestos a buscar juntos con el misionero los métodos más prácticos y eficaces de promover la evangelización mediante la colaboración de los sacerdotes y religiosos locales con los sacerdotes y religiosos extranjeros. Al caso viene el hecho de que, en esas reuniones, una docena de Obispos africanos me hablaron de la bendición que sería si hubiese una comunidad de Hermanos en su diócesis. Me dieron exacta información sobre el tipo de escuela en que estaban pensando o el apostolado educacional especializado que les gustaría emprendiéramos. Varios Obispos desean que nos encarguemos de sus seminarios menores. Esos Obispos son realistas de

cara al futuro de los estados de Africa. Ven que, en muchos países, los gobiernos nacionalizarán las escuelas y que los religiosos podrían ser excluidos de la educación institucionalizada, lo cual parece aún más probable con el avance del marxismo que es una característica de Africa, hoy. Habida cuenta de todo eso, los Obispos y las asociaciones de religiosos docentes en Africa se proponen estudiar juntos la manera como esos religiosos pueden utilizar su competencia y carisma para servir la causa de la evangelización aunque los excluyan de la forma institucional de educación. Importa mucho a los Obispos y a los religiosos docentes que, sin esperar a que los religiosos tengan que abandonar los centros docentes, estudiemos juntos la manera de utilizar en el futuro nuestras capacidades pedagógicas y religiosas.

Durante estos diez años, se ha dado notable disminución en nuestra misión educativa en el tercer mundo. El descenso del reclutamiento en Europa y América, la reducción continua de nuestro personal, el envejecimiento de nuestros valientes Hermanos misioneros sin que los reemplazaran nuevas vocaciones misioneras, las dudas al preguntarnos si, en adelante, nos necesitaban y nos deseaban, todos estos factores — amén de otros — han tenido su efecto sobre nuestro celo tradicional por los apostolados misioneros. Es preciso remozar ese celo por ver de superar las dificultades, aclarar las dudas, « pedir al Señor que mande operarios a su mies ». Le puedo asegurar, querido Hermano, que los Obispos de Africa se alegrarán del renuevo de nuestro celo misionero. Tengo una gran esperanza de que el próximo Capítulo dará nuevo impulso a nuestro servicio mi-

sionero, afianzando el valioso trabajo realizado por el Hermano Vicario y sus colaboradores de SECOLI para promover nuestro servicio en campos lejanos, formar vocaciones locales y adaptar el carisma de nuestro Santo Fundador a las sanas tradiciones espirituales de los pueblos de Africa y Asia. Se oirán, como nunca, en el Capítulo, las voces de Africa y Asia. Nos aportarán un mensaje sugerente que, así lo espero, escucharemos con atención y al cual trataremos de responder.

Como puede colegir de las reflexiones anteriores, el Capítulo General está muy presente en mi pensamiento y espero mucho de él porque muchos Hermanos han tenido cuenta de mi sugerencia relativa a nuestro deber de participar todos en su preparación. Ha habido un renuevo en nuestra vida de oración como medio de atraer la bendición de Dios sobre el Capítulo y de discernir lo que Dios espera de nosotros en ese Capítulo y en la década que viene. De los Distritos y de los Capítulos Regionales, de las comisiones especiales, ha venido una documentación en que abundaban ideas y orientaciones. No pocas comunidades han enviado los resultados de sus discusiones comunitarias, muchos Hermanos han compartido con la comisión preparatoria sus experiencias, esperanzas y visión del futuro. Más que nada, el estímulo del trabajo abnegado de la comisión preparatoria me lleva a esperar que nuestro Capítulo será una rica experiencia en la vida de nuestro Instituto. Lo que desearía pedirle, querido Hermano, es que siga rezando por el Capítulo y compartiendo sus ideas y aspiraciones con los capitulares de su Distrito para el futuro del Instituto. Dice el poeta inglés:

La oración nos permite alcanzar  
más de cuanto el mundo puede soñar.

Y otro autor dijo: « si cada hombre hubiese comunicado su visión del misterio de la vida, si hubiese compartido su grano de sabiduría con sus semejantes, ¡cuánto más sabio y animoso hubiera sido el género humano en su búsqueda del sentido de la existencia! » Con la ayuda de sus oraciones, de sus sugerencias, de su « grano de sabiduría », serán más sabias las decisiones del Capítulo y más fecundo el futuro. A todos nuestros Hermanos les mando mis mejores deseos para este santo tiempo de Navidad y para el Año Nuevo, pensando especialmente — pensamiento acompañado de oración — en nuestros Hermanos que se hallan detrás del telón de acero, o en regiones donde hay conflictos como en Vietnam, Laos, Líbano, Tierra Santa... o tensiones como en Africa y Latinoamérica.

En la comunión de los santos, en la comunidad de los bautizados, en la comunidad de la familia lasaliana estamos todos unidos, consagrados al mismo Señor, profesando la misma Fe, viviendo las consecuencias del mismo Bautismo.

En esta unidad está nuestra fuerza y en ella, nuestra esperanza.

Fraternalmente suyo en Cristo,

*Brother Charles Henry, F.S.C.*